

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Adm. 3625 MONTERREY, MEXICO

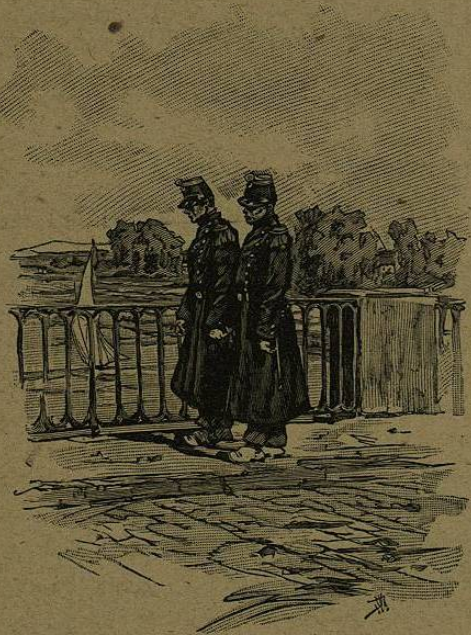
EL SOLDADITO

TODOS los días de fiesta, en cuanto acababan sus obligaciones, los dos reclutas iban de paseo.

Al salir del cuartel se dirigían hacia la derecha, cruzando Courbevoie á paso largo, como si dieran un paseo militar, y en cuanto dejaban á su espalda las últimas casas del pueblo, tomaban tranquilamente la carretera polvorosa y árida, por la cual se va derecho á Bezons.

Los dos eran de menguada estatura, de poquitas carnes; iban sumergidos en sus capotones azules holgados por demás, cuyas mangas les cubrían completamente las manos; y los pantalones rojos, con exceso anchos y de sobra largos, les obligaban á despatarrarse para poder andar. Bajo los morriones acartonados asomaban apenas los rostros, dos rostros enjutos y pequeños de campesinos bretones, rostros de una inocencia casi bestial, con ojos azules, de mirar suave y plácido.

Jamás hablaban por el camino, avanzando complacidos en la misma idea, más agradable para ellos que ninguna conversación; habían descubierto jun-



to al bosquecillo de Champioux un lugar que les recordaba su tierra, y sólo allí estaban á gusto.

En el cruce de las carreteras de Colombes y de Chatou, llegando á la sombra de los árboles, se

quitaban el morrión que les aplastaba la cabeza, y se restregaban la frente sudorosa.

Deteníanse un poco al pasar el puente de Bezons, mirando correr las aguas del Sena. Permanecían allí dos ó tres minutos, apoyados en la barandilla, con el cuerpo vencido hacia fuera, con los ojos fijos en la corriente, ó contemplaban las velas blancas y ladeadas de las embarcaciones en el extenso remanso de Argenteuil, que acaso les recordaban el mar de su tierra, el puerto de Vannes, próximo á su aldea, y las barcas pescadoras alejándose por el Morhiban mar adentro.

En cuanto se hallaban al otro lado del río, hacían sus provisiones en la salchichería, en la panadería y en la taberna. Un trozo de longaniza, una libreta de pan y un litro de vino, eran sus víveres para la jornada; y los envolvían, atándolos en un pañuelo.

Desde allí avanzaban despacio, de conversación.

Extendíase á su vista una llanura limitada por el bosquecillo, que les recordaba el bosque de Kermarivan. Los trigos y las avenas bordeaban el estrecho camino, cuya traza se perdía entre la fresca verdura de los sembrados, y entonces Juan Kerderen, invariablemente decía la misma frase á su amigo Lucas Leganidec:

—Parecen los alrededores de Plounivon.

Y el otro le contestaba invariablemente:

—Es verdad: parecen los alrededores de Plou-nivon.

Y avanzaban juntos, con el alma llena de vagos recuerdos, llena de imágenes de una sencillez comparable á las aleluyas iluminadas que se venden á cinco céntimos. Aquel paisaje despertaba la memoria de un lindero, de un campo, de un rodal de arbustos, de una cruz de piedra.

También se detenían frente á un mojón muy alto que limitaba una finca, recordándoles el dolmen de Locneuvén.

Llegando al primer grupo de árboles, Lucas Leganidec, invariablemente cortaba una varita, una varita de avellano, y le arrancaba la corteza, sacando tiras con las uñas, mientras divertía su pensamiento en cosas de su tierra.

Juan Kerderen llevaba las provisiones.

De cuando en cuando, Lucas citaba el nombre de algún conterráneo, recordaba un suceso de su infancia en palabras confusas que le servían de pretexto para largas meditaciones. Y poco á poco, sentíanse poseídos por la emoción de la tierra, de su tierra, del país lejano, que desde tan enorme distancia los envolvía, ofreciéndoles formas y ruidos, dibujando sus horizontes, haciendo sentir el penetrante olor de sus campos verdes que la brisa del mar orea.

No percibían las emanaciones del estercolero parisiense, que fecundiza las tierras de la comarca, sino el perfume de las azucenas, el perfume que recoge y extiende los aires puros y salados. Y las velas de los botes, lanzados al río por los bateleros de afición, les parecían las de las embarcaciones de cabotaje que asoman sobre la inmensa llanura extendida entre sus casas y el mar.

Avanzaban lentamente, satisfechos y pesarosos, dominados por una suave tristeza, por una tristeza lenta y perturbadora de bestias enjauladas que recuerdan su primitiva libertad.

Y acabando Lucas de pelar su varita de avellano, llegaban al rincón del bosque, donde almorzaban todos los domingos.

Formando con dos piedras un hornillo, en el rescoldo que habían preparado encendiendo unas ramas secas, asaban después los trozos de longaniza sujetos á la punta de la navaja.

Y acabado su almuerzo, cuando habían comido hasta la última miga de pan y bebido hasta la última gota de vino, se quedaban sentados sobre la hierba, juntos y silenciosos, con los ojos entornados y la mirada perdida en el horizonte, con las manos cruzadas como en misa, con las piernas muy estiradas bajo el pantalón, tan rojo como las amapolas que florecían en los trigos; y la charolada tapa del morrion, los botones dorados, relucían al reflejar el

sol espléndido, fascinando á las alondras que revoloteaban piando en torno.

Luego comenzaban á volver los ojos de cuando en cuando hacia el camino de Bezons: la moza de la vaca no tardaría en aparecer.

Pasaba todos los domingos frente á ellos para ir á ordeñar y á recoger la única vaca de aquella tierra que pastaba en un estrecho prado junto al bosque, más allá.

La veían acercarse, y era la sola criatura humana que atravesaba la campiña. La veían acercarse y les alegraba la vista los reflejos brillantes del cubo de cinc herido por el sol. Nunca se les ocurrió hablar de la moza. Se alegraban de verla, esperando á que pasara, sin comprender por qué.

La moza era fornida y rubicunda, tostada por los ardores de los días claros; era una moza bien plantada y resuelta de la campiña parisiense.

Una tarde, habiéndolos visto ya sentados en el mismo sitio varias veces, les preguntó:

—¿Venís aquí todos los domingos?

Lucas Leganidec, más atrevido que su compañero, balbuceó:

—Sí; todos los domingos venimos á descansar.

Y no añadieron una sola palabra. Pero, al domingo siguiente, la moza rió al verlos; y reía con una benevolencia condescendiente de mujer adver-

tida que adivinaba la timidez medrosa de aquellos hombres, y les preguntó:

—¿Qué hacéis ahí? ¿Miráis cómo crece la hierba?

Lucas, alegrándose, dijo:

—¡Es posible!

Y ella replicó:

—Tenéis para rato.

El añadió, riendo:

—Eso sí: hay para rato.

Y entonces no hubo más conversación. Pero al volver la moza con el cubo lleno de leche, les dijo:

—¿Queréis un sorbo? Es fácil que os recuerde la tierra lejana. Tomadlo.

Con el instinto de una criatura de la misma raza que los dos hombres, acaso lejos también de la choza de sus padres, adivinó, tocó la cuerda sensible.

Supo emocionarlos, y alzando el cubo, llenó de leche la botella vacía donde llevaron el vino.

Lucas bebió primero, paladeando, viendo si pasaba de la mitad—la ración que le correspondía. Luego dió á Juan la botella para que bebiese.

La moza estaba de pie frente á ellos, con los brazos en jarras. También saboreaba el goce que ofrecía.

Después, cogiendo el cubo, se alejó gritando:

—¡El domingo nos veremos! ¡Que os vaya bien!

Hasta perderla de vista la siguieron con la mirada. La moza de andares desenvueltos, disminuía,

hundiéndose poco á poco en la verdura de los campos.

Al domingo siguiente, cuando salían del cuar-



tel, Juan dijo á Lucas:

—¿Té parece si compramos algo para ella?

Y quedaron perplejos, indecisos, dudando qué golosina podrían llevarle á la moza de la vaca: una golosina que fuese muy de su agrado.

Lucas propuso un trozo de embuchado; pero á Juan le parecía más conveniente comprar unos caramelos—porque le agradaban mucho las dulzainas—. Predominó su idea, y adquirieron en una tienda de comestibles, diez céntimos de caramelos blancos y rojos.

Almorzaron más de prisa que de costumbre, algo impacientes.

Juan la vió antes que Lucas, á lo lejos.

—¡Ya viene!—dijo.

Y Lucas repitió, viéndola también:

—¡Ya viene!

La moza se acercaba muy risueña, gritándoles:

— ¡Bien descansados estáis!

Y ellos la preguntaban:

—Y tú, ¿estás contenta?

Habló de asuntos muy corrientes que les interesaron mucho; del tiempo, de la cosecha, de los amos.

Ninguno de los dos era bastante atrevido para ofrecer á la moza los caramelos, que se apegotaban y se derretían con el calor en un bolsillo de Juan.

Al cabo, Lucas, envalentonándose, murmuró:

—Hemos traído una cosa.

Ella no se lo hizo repetir.

—¿Qué? A verlo.

Entonces Juan, ruborizado hasta las orejas, sacó el cucuruchito de papel y se lo presentó.

Ella se puso á chupar alegremente los caramelos, pasándolos de un lado á otro de la boca, inflando alternativamente las mejillas. Los dos soldados la miraban complacidos y satisfechos.

Luego ella se fué á ordeñar la vaca, y al volver con el cubo de leche les llenó la botella, como el domingo antes.

Durante la semana pensaron los dos en la moza constantemente y hablaron con frecuencia. El próximo domingo, después de sonreírles, como siempre, dejó el cubo y sentóse á su lado. Los tres, con los ojos perdidos en el horizonte, con las piernas recogidas entre los brazos y con las manos cruzadas, refirieron accidentes y detalles de su tierra, de su familia, de sus hogares, mientras á lo lejos la vaca, viendo á la moza detenida en el camino, volvía su pesada cabeza de húmedo morro, mugiendo como si la llamase.

La moza no se hizo rogar para tomar un bocado con los camaradas y beber un sorbo de vino. Cuando llegó el tiempo de las cerezas, se las llevaba en el delantal. Su presencia producía en los dos campesinos bretones una satisfacción extraordinaria, excitándoles, haciéndoles hablar mucho, como canturrean los pájaros.

Un martes, Lucas Leganidec, pidió licencia para salir—cosa que no le había ocurrido nunca—y

no volvió al cuartel hasta las diez de la noche.

Juan, inquieto, reflexionaba queriendo adivinar el motivo de aquella salida.

El viernes—después de pedir cincuenta céntimos prestados á un amigo—Lucas volvió á salir del cuartel, con licencia, durante algunas horas.

Y el domingo, al emprender con Juan su paseo acostumbrado, estaba más alegre, más resuelto, más decidior; parecía otro.

Juan, sin acabar de comprender el motivo de un cambio tan brusco, sospechaba que algo lo justificaría, pero no acertando qué.

No hablaron hasta el sitio de costumbre, donde la hierba estaba ya mustia y sin vigor á fuerza de aplastarla sentándose. Almorzaron tranquilamente. No tenían apetito.

Luego apareció la moza. Viéronla llegar como todos los domingos. Cuando estaba cerca, Lucas levantóse y salió á su encuentro. Ella dejó en el suelo el cubo, y abrazándose al soldado, le besó; le besó apasionadamente, sin preocuparse de que Juan los vea.

Y el pobre Juan, enloquecido—tanto, que apenas daba crédito á sus ojos—sintió su corazón acongojado por una horrible angustia.

Lucas y la moza, sentándose, comenzaron á charlar.

Juan volvía la cabeza para no verlos; pero adivi-

naba ya el objeto de las dos ausencias de Lucas durante la semana, y sentía una tristeza, un pesar abrumador, algo como una herida traidora que desgarraba su alma.

Lucas y la moza se levantaron para irse á ordeñar la vaca.

Entonces Juan, sin poder contenerse, miró con ansia. Iban juntos, muy juntos, y el pantalón rojo del compañero parecía en el camino una mancha de sangre.

Lucas ató á una estaca la bestia y acarició con la mano su lomo y cuello, mientras la moza se agachaba para ordeñar. Después, dejando el cubo sobre la hierba, se ocultaron los dos entre los matorrales.

Al verlos desaparecer, Juan sintió un desasosiego tan angustioso, que si se hubiera propuesto seguirlos, de seguro le faltaran fuerzas para levantarse.

Quedóse inmóvil, abrumado por el dolor y la sorpresa; un dolor ingenuo y profundo, sin malicia, sin odio. Tenía ganas de llorar, de ocultarse, de huir, de no ver á nadie y de que nadie le viera nunca.

De pronto los vió aparecer; iban de la mano como los novios de las aldeas. Lucas recogió el cubo.

Aún se besaron otra vez antes de separarse. La

moza se fué al fin, después de saludar á Juan sonriente y satisfecha. Pero no se acordó ya de ofrecer al pobre soldadito un poco de leche.

Los dos camaradas permanecieron allí, sentados, inmóviles, como siempre, silenciosos y tranquilos; en sus rostros plácidos nadie adivinara las ansias borrascosas de su corazón. El sol inundaba la tierra con su lumbré, y la vaca mugía de cuando en cuando, sintiendo la proximidad silenciosa de aquellos hombres.

A la hora de siempre se levantaron para regresar.

Lucas mondaba una varita de avellano; Juan llevaba la botella vacía. La dejó en la taberna de Bezons.

Llegaron al puente, y como todos los domingos al ir y al volver, se detuvieron para contemplar el agua, apoyados en la barandilla, con



el cuerpo vencido hacia fuera y los ojos fijos.

Juan se inclinaba más y más, como si en el fondo viese algo que le llamara. Lucas le dijo:

—¿Vas á beber desde aquí?

Al pronunciar la última palabra vió el cuerpo de Juan volteando sobre la barandilla; el soldadito rojo y azul cayó al río, hundiéndose, desapareciendo bajo el agua.

Lucas, agarrotado por el susto, quiso dar voces, pero no le fué posible. Vió removerse y alejarse un bulto; luego apareció sobre la superficie del río la cabeza de su compañero que al pronto volvió á hundirse.

Más adelante, asomó un brazo, un brazo que se alzó para desaparecer al momento. Y no hubo más.

Lucas volvió solo al cuartel, desconsolado, enloquecido, y refirió el terrible suceso, lloroso, balbuciente, sonándose á cada palabra:

—Se inclinó hacia fuera... se inclinó tanto... tanto... que no pudo sostenerse... y cayó de cabeza... de cabeza...

La emoción le ahogaba. ¡Si hubiera sabido...!



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL BICHO DE BELHOMME

DISPONÍASE á salir de Criquetot la diligencia del Havre, y todos los viajeros aguardaban en el parador á que los fueran llamando para ocupar sus asientos.

Era un coche amarillo, cuyas ruedas—con indelebles incrustaciones de barro—pequeñísimas las del juego delantero, grandes y delgadas las de atrás, apoyaban el cajón, deforme y panzudo como el cuerpo de un coleóptero gigantesco. Tres rocinantes blancos, de cabezas enormes y callosas é hinchadas rodillas—dos enganchados en varas y uno delantero—debían arrastrar aquel vehículo monstruoso. Las pobres bestias parecían adormiladas en sus arreos.

El mayoral, Cesáreo Harloville, un hombrecillo panzudo y sin embargo ligero—gracias á la obligada costumbre de subir al pescante y á la baca, trepando por las ruedas—, que tenía el rostro curtido, arrebolado por el sol y el frío, por el viento, la llu-